

Autopsia de una emoción

O los residuos de un latido

de Enrique Olmos

Dramatis personae

Mariel (18): Foránea; estudia arquitectura, tiene un conejo.

Lian (19): Estudia filosofía. Odia la música coreana. Solitario.

Tiempo y lugar:

Está ocurriendo en este momento en algún lugar de América Latina de cuyo nombre no sé si quiero acordarme.

Instrucciones (importante):

Los personajes se comunican en tres niveles: el verbal, indicado con guiones, el de mensajería instantánea y redes sociales, entrecomillado y la libertad de lo que arbitrariamente piensan.

I

Dos espacios separados, iluminados por la luz azul de las pantallas. Se escuchan notificaciones y sonidos de teclado.

Mariel:

Nueva playlist para sentirme menos desanimada; a ver si esta me ayuda... Lo dudo.

Cumbia, reguetón, algo de salsa, trap.

Todo suena igual.

Subo una historia: un poco de escote, medio perfil, brazos levantados.

¡Actitud de que la vida vale la pena!... Actitud, solamente.

Selfie con filtro suave para disimular las ojeras de haberme quedado haciendo tarea toda la maldita madrugada.

Tarea estúpida, inútil.

La universidad es la guardería de los adultos jóvenes.

En general las escuelas son guarderías, ¿cuántas cosas que estudié no me han servido para nada?

Raíces cuadradas, memorizar la tabla periódica, mínimo común múltiplo, el sintagma.

Eso qué.

Escribo encima de la imagen: ¿quién vida en esta zombie soy?

Lian:

Siempre me salen sus historias primero; sube muchas al día.

Me gusta porque escribe raro, diferente, desordenado.

Y además de rara, es bonita.

Y sexy.

Muy.

Lo sabe, obviamente. Le gusta gustar.

También tiene un conejo, a veces sale con ella en las fotos.

Le mando un corazón y un fuego. No sé si es demasiado obvio.

Le escribo, igual:

“Oye, ¿qué estudias? Siempre te veo en la parada del 77.”

Pero ella no me sigue. Así que seguramente el mensaje se quedará archivado para siempre.

Mariel:

Un mensaje de un random.

Lian. 19. Foto de perfil: Sonrisa con fondo de un bosque o algo con árboles. Cara de friki con unos lentes enormes.

Dice que me ha visto en la parada del bus.

“¿Stalker o solo te aburres mucho?”

Me río sola.

Lian:

“Supongo que sí, en este mundo todos lo somos un poco, ¿no?”

Mariel:

“Eres otro sigue morras tres mil, ¿verdad? Ya te vi... No, gracias”.

No sé si era buena idea decirlo, pero tampoco tenía mucho que perder.

Enviar.

Lian:

“Sí, sí soy. Pero inofensivo. LOL (emoticono de guiño)”.

Mariel:

No se molesta.

Muchos aquí quieren parecer perfectos.

Pero todos sabemos de qué se trata este juego, aquí estamos para ver y ser vistos, para desear y ser deseados, sino ábrete una cuenta de twitter.

“Soy Mariel. Estudio arquitectura, estoy en primero. Odio la música coreana y también a Hello Kitty. Y tengo un conejo que amo y me ama. No te he visto en la parada o quizá sí, pero no me acuerdo”.

Lian:

“Exacto, la música coreana está sobrevalorada”.

Mariel:

Seguir...

Lian:

Solicitud de seguidor. ¡Wow!

“Pues acá Lian. Estudio filosofía, aunque antes intenté historia y lo dejé. La música coreana tipo BTS es un asco... Pero el pan dulce lo compensa todo. No sé si esta carrera sí me va a gustar, pero el olor a pan recién horneado que hacen unos chinos cerca de la facultad, me encanta.”

Mariel:

“Sí he escuchado de ese pan chino, dicen que está muy rico, pero no he ido. Porque foránea”.

Y le mando una foto actualizada de mi conejo comiendo un trozo de lechuga; “él es Pixel”.

“Mi roomie dice que Pixel me entiende más que las personas. Tal vez tenga razón.”

Lian:

Le pongo emojis de conejo y pan. ¿Los conejos comen pan?

Ay, no digas tonterías. Concéntrate. Escribe algo coherente, rápido.

“Creo que nadie entiende nada en el primer semestre. Y yo tampoco”.

Mariel:

Miro mi reflejo en la pantalla mientras reviso su perfil, pienso que sí, es un raro, pero medio guapo.

“¿Por qué no subes casi nada? Está todo vacío.”

Lian:

“No tengo mucho que decirle al mundo... Es que sufro ansiedad social”.

Mariel:

“¿Cómo que sufres?”

Lian:

“Es parte de mi diagnóstico”.

Mariel:

“Ahh... Ok... Entonces eres de esos que piensan que tener el perfil vacío es *cool*, ¿verdad?”

Lian:

“No soy bueno con la vida social. Perdón.”

¿Por qué le pedí perdón? Estoy estúpido.

Mariel:

“¿Y quién sí?”

Lian:

“Los que están fuera del espectro, supongo”.

Mariel:

“¿Espectro? ¿Autista... Eres autista? Bueno... Todo ok con eso...”

Lian:

“Gracias”.

¿Por qué le di las gracias?

Mariel:

“Pues mira, publicar cosas para mí es como respirar.”

Lian:

“Lo entiendo, en cambio para mí no es tan fácil”.

Mariel:

“Yo creo que todos estamos un poco dañados, ¿no?”

Lian:

“Quizá... También creo que publicar es la única manera de no sentir que te vas volviendo invisible, como yo.

Y si te sirve de consuelo, tus historias sí llegan a alguien. A mí, por ejemplo... Me encantas.”

Cierro la app. Demasiado. Creo que me excedí y tuve un ataque de sinceridad.

Mariel:

Veo su mensaje: Me encorazona.

Ahora sí, voy a la última clase aburrida del día.

Cerrar.

II

Se encuentran y reencuentran en segunda y tercera dimensión.

Mariel:

Me veo en el espejo mugriento del baño del centro comercial y me doy risa. ¿Selfie en el baño?

Qué vintage... Pero sí. ¿Por qué no?

Escribo: ¡Biba la vida loka, perros! Emoji de mano haciendo el signo rockero de cuernos.

Lian:

Me sudan las manos, mucho.

Mariel:

“¿Ya llegaste?”

Lian:

“Sí. Estoy dentro, mesa del rincón”.

Mariel:

Lo veo: Sudadera grande de Nirvana, cara de que solo sale de su casa si lo amenazan.

Me mira como si fuera a desarmarlo.

Le pregunto si la cafetería gamer es su hábitat natural o sólo le gustan los frappés dos por uno.

Dice que no, que no es gamer y se ríe... No me saluda con un beso, sino que extiende su mano y me aprieta.

Su mano está sudada, qué horror.

Sí, sí es un raro, pero me gusta. Me gustan los raros, no sé porqué me atraen tanto.

Lian:

Me pregunta si alguna vez he besado a alguien en una primera cita. Niego.

Le toma una foto a los frappés y sube una historia.

Mariel:

Historia: adicta tú azúcar ganas soy. Filtro Tokyo.

Lian:

Sube una historia y me llega directamente la notificación. Y ella se da cuenta.

Mariel:

—¿Tienes activadas las notificaciones para las cosas que subo, verdad?

Me río fuerte y él se sonroja, se esconde detrás de su bebida.

Lian:

—¿Te molesta? Bueno, no me importa... Igualmente no las voy a quitar, soy tu fan y qué...

Creo que experimento lo que llaman risa nerviosa.

Mariel:

Aunque él finge que todo está bien, se nota que no, está nervioso. Me gusta.

Lian:

—Discúlpame si soy muy directo. Es parte de mi naturaleza.

Mariel:

—Y a mí discúlpame si soy muy directa. También es parte de mi naturaleza.

Y le guiño un ojo.

Lian:

¡Me guiñó un ojo!

Mariel:

Le digo que me parece bien no perder el tiempo. Y le cuento que mi conejo es mejor compañía que la mayoría de los humanos. Me pregunta si soy de las que hablan con los animales. Le digo que sí, obvio. Es lo más divertido.

Me cuenta que dejó la carrera de historia porque era “demasiada teoría para tan poca práctica”.

Le digo que igual pasa con el sexo, ¿no?

Y lo dejo pensando, ahora me gusta verlo incómodo y ver cómo se eriza; tan seguro detrás de su teléfono y ahora apenas y puede conmigo.

Lian:

Ella juega con el vaso de su frappé mientras me incomoda con comentarios directos, después habla de disociar y cambia el vaso de una mano a otra.

Le digo que sé lo que es.

Me pregunta si alguna vez he sentido que el cuerpo va por un lado y la cabeza por otro.

Sólo puedo decir que ahora mismo, sí. Tartamudeo. Ella es muy lista, me deja casi mudo todo el tiempo.

Mariel:

Le pregunto si quiere comer un rol de canela. Me responde que sí, pero que lo parta yo porque le da miedo arruinarlo.

Lo parto a la mitad, pero mal y se desmorona todo. Le paso un pedazo sin mirarlo y me chupo el dedo con toda la intención, mirándolo a los ojos.

Me mira los labios. Cruzo la pierna y le rozó el muslo con el pie por debajo de la mesa. Finge que no se da cuenta, pero veo cómo se sonroja.

Lian:

Siento su pierna. No sé si moverme o quedarme quieto. Quiero besarla, pero no sé cómo empezar.

Qué difícil es todo esto.

Mariel:

Él no sabía cómo acercarse, quería, pero no lo sabía. Le tuve que enseñar. Me siento junto a él y le pongo la palma de mi mano en sus ojos, antes me descubrí un poco el cordón del sostén, que se me vea en el hombro entero.

—Relájate.

Y le planto un beso sabor a rol de canela que nunca olvidará.

Lian:

Wow.

Mariel:

Después de esa primera cita y de esos primeros besos en la cafetería *gamer*, comenzamos a vernos habitualmente. Nos enviábamos videos raros en Instagram, mucho whatsapp, compartir cosas del feed de TikTok y ponernos de acuerdo para coincidir en la parada del autobús, entre clases, algunos fines de semana.

Conversar y matar el tiempo con unos besos.

Lian:

Besos y más besos.

“Eres increíble, eh”.

Mariel:

“Tú no, pero me gusta estar contigo”.

Aprovechaba que los fines de semana tengo el departamento para mí sola. Y lo invitaba, nunca decía que no.

Lian:

—Oye, ¿qué somos?

Mariel:

—¿En serio?

Lian:

—Perdón por preguntar, es que necesito tener certezas. Soy así...

Mariel:

—Es parte de tu naturaleza, ya sé, lo dices para todo.

Lian:

—Exacto.

Mariel:

—A ver, a ver; somos amigos Lian, amigos que se besan y tocan y se envían putifotos antes de dormir, lo normal. Y ya.

Lian:

—De acuerdo... Amigos. ¿Amigos?

Mariel:

—Sí... Algo tranqui. No te pongas intenso, no soy de las que quieren tener “algo”.

Lian:

Lo que para ella era tranqui para mí era lo más fuerte y potente de la historia de la humanidad.

—Sí, de acuerdo. Todo tranqui, obvio. Yo tampoco quiero un vínculo ni nada.

Mariel:

—No, a ver, un vínculo sí somos. Pero nada más.

Lian:

—Claro, eso decía, un vínculo sí, pero no EL VÍNCULO.

Mariel:

—Eso.

Hay días que tenía muchas ganas de estar con él, a veces no tanto.

Y un día que estaba aburrida en una clase de cálculo se me ocurrió...

“Fuga.”

Lian:

“¿Qué?”

Mariel:

“Vámonos... ¿Te clavas o te pandeas?”.

Lian:

“Nooo... ¿A dónde? Estoy por entrar a clase de fenomenología”.

Mariel:

“Aburrido... Huyamos”.

“¿O te lo vas a perder?”

Foto sexy. Enviar.

Lian:

“Pero... ¿A dónde quieres ir?”

Mariel:

“Sígueme. Te veo en la calle, no tardes”.

Lian:

“Ok”.

Mariel:

Nos salimos casi corriendo del campus, cada quién desde su edificio.

Lo beso, lo aprieto, lo huelo.

Tiene sabor a café y nervios.

Hay un edificio con oficinas, un banco, restaurantes y varias tiendas enfrente.

Buscamos los baños. Los del fondo. Cerca de la salida de emergencia. Cerramos el de mujeres por dentro y le muerdo inmediatamente el labio.

Llevo su mano hasta mi entrepierna. Que vea, que sienta que estoy húmeda.

Y que relaje el cuerpo, sólo es sexo,

—Esto no es el teorema de Pitágoras.

Ríe.

Le desabrocho el cierre de la sudadera.

Le susurro al oído que me gusta así: vulnerable, enfermo, estúpido.

Dice que podría tener un ataque de ansiedad, que no sabe improvisar, pero casi de inmediato ya me está chupando los pezones en cuanto los ve.

Lian:

Me besa y siento que todo lo demás desaparece.

Sus uñas en mi cuello, su boca en mi oreja, mi piel en la suya.
Me dice que deje de pensar, que me deje llevar.
—Claro.
Lo intento y cierro los ojos.
Sudor. Sudor. Sudor.
Y me dejo llevar.
Mis manos en su cintura.
Su risa en mi boca.
Me guía, me arde la piel.
Siento que no estoy haciendo nada bien, pero a ella no le importa.

Mariel:

Me gusta su torpeza y la forma en que me mira.
Le digo que me apriete.
—Más fuerte, Lian.
Me obedece.
No hay prisa, pero todo es urgente.
Me subo a sus piernas. Le doy el condón abierto.
Le digo que después de esto no vuelva a decir que no sabe improvisar.
Porque lo hace muy bien.

Lian:

Nos besamos hasta quedarnos sin aire, sin palabras tampoco.
Jadeamos. Mucho.
Me mira, sonrío. Estoy exhausto incluso para devolverle la sonrisa.
Nunca olvidaré el color de ese baño ni el olor de su perfume.
—Nunca había hecho esto...
Me responde: Nadie olvida la primera vez que rompe las reglas.

Mariel:

Después, después de todo nos sentamos en la calle y compartimos una botella con agua tibia.
Le digo que me gustó lo que ocurrió y chocamos los puños, como si unos minutos antes no hubiera estado dentro de mí.

Agita sus pastillas dentro de un bote como si fueran dulces y las toma de golpe.

Le digo que yo sólo soy adicta a la cafeína.

Él responde que lo suyo no es una adicción, sino una prescripción médica.

Lian:

Me quedo pensando en cuánto tiempo puede durar esto. ¡Es lo máximo!

Mariel:

Miro el celular. Tres notificaciones perdidas. Nada importante.

Me acompaña a mi casa...

Me cuenta algo sobre Sócrates y los filósofos que caminaban enseñando.

Me quiere tomar de la mano, pero no me dejo y nos despedimos con un beso en la mejilla.

“Prohibido enamorarse, eh”.

Lian:

“Obvio”.

Puño arriba.

Mariel:

Reacción: “Rostro con ojos de corazón.”

Cierran la aplicación.

III

En la azotea del departamento de Mariel.

Mariel:

—Siempre pensé que beber en una azotea era para perdedoras. Y aquí estoy... Lo logré.

Lian:

—Pues tienes una azotea muy cómoda para ser una perdedora.

Mariel:

—Es lo mejor que tiene este departamento viejo. Hoy otra vez nos quedamos sin agua.

Lian:

—¿Así que no te pudiste bañar?

Mariel:

—Exacto... Estoy toda sucia. ¿Te molesta o qué?

Lian:

—Para nada... Te considero simplemente una cínica.

Mariel:

—¿Eso es bueno, malo o me acabas de insultar?

Lian:

—Los filósofos cínicos proponían un rechazo a las normas sociales y a los lujos, incluyendo la higiene personal...

Mariel:

—A veces sí soy, eh.

Lian:

—Oye, ya en serio, ¿no tendrás ablutofobia?

Mariel:

—¿Qué es eso?

Lian:

—Miedo irracional a bañarse o ducharse.

Mariel:

—¡Claro que no, tonto! ¡Cállate!

Lian:

Es tan fácil hablar con ella y tan difícil no pensar en besarla, en poseerla, siento que todo lo que hace, que todo lo que dice es sexy.

Mariel:

—Oye... Si pudieras elegir, ¿cuál sería la última canción que escucharías, antes de morir?

Lian:

—No sé. Qué pregunta más rara... No lo había pensado.

Mariel:

—La vida se trata justo de eso: de poder elegir la canción que vas a escuchar en *loop*, antes de morir tranquilamente.

Lian:

—¿Por qué piensas en morir? ¿Estás deprimida? ¿Tienes pensamientos suicidas?

Mariel:

—No. Tranquilo... Solamente que mira, a veces escucho una canción que me gusta e incluso que me gusta mucho y pienso: ¿Podría ser esta la última cosa que escuche antes de irme para siempre? Y no, la respuesta es no. Me gustan, pero no son lo suficientemente buenas cómo para ponerlas de *soundtrack* en mi último aliento... Y sigo buscando.

Lian:

—Nunca imaginé que encontrar la canción perfecta para antes de morir sea el verdadero motivo de vivir. Creo que acabas de resolver varios problemas filosóficos de golpe.

Mariel:

—Así soy...

Lian:

—Alguien debería inventar funerales bailables, que sea obligatorio ir a bailar, a perrear, a sacar los pasos prohibidos. Que todos se olviden de que están tristes por un rato.

Mariel:

—¿Pues que no has visto los funerales de pinche Venezuela y Dominicana? Ahí todos perreando en los ataúdes. Además, tú ni siquiera bailas.

Lian:

—En los funerales sí.

Mariel:

—Ajá... ¿Oye filósofo, y tú crees que en la vida importa ser especial, ser alguien? ¿O solo estamos aquí para llenar espacio y matar el tiempo?

Lian:

Me gustaría decirle que me sentía invisible, como un usuario más en la lista de seguidores de alguien, pero desde que estoy con ella sí, sí me siento especial.

—En terapia aprendí que nadie es normal, especial o raro. Todos somos únicos a nuestra manera.

Mariel:

—Puff... Obvio, eso te lo deben decir todos los loqueros, es su trabajo, pero acepta que hay gente aburrida, diferente, rara, sexy o insoportable. Hay gente que ni fu ni fa y otra que sí te dan ganas de ser como ella, o como él, que son extraordinarios a su manera... ¿No?

Lian:

—Pues yo solamente quiero ser normal.

Mariel:

—Lo raro es querer ser normal y huirle a la normalidad al mismo tiempo, ¿no?

Lian:

—¿Lo dices por mí?

Mariel:

—Por ti y por todos. Queremos vidas de *influencers* pero al mismo tiempo una familia tradicional, viajar a países exóticos pero si vemos extranjeros en el barrio, ‘ya están gentrificando’, soñamos con estabilidad, pero tenemos miedo a aburrirnos si todo va bien, queremos todo y nada.

Lian:

—¡Viva lo auténtico!, pero usamos filtros en todas nuestras fotos.

Mariel:

—Exacto. Así soy yo: la pura contradicción. Aunque sí prefiero ser directa antes que mentirosa.

Lian:

No quiero que ella piense que soy un caso perdido, un enfermo, un “raro”, pero tampoco que sienta que no soy especial, que no tengo algo diferente.

—Pues voy terapia desde los siete años, pastillas, diagnósticos... Y siempre soy el que piensa mucho, el que habla poco y cuando lo hace es sin filtros, así que tal vez por eso nos llevamos tan bien. Dicen que si te distraes pensando en qué dirá la gente de ti, tienes ‘ansiedad de opinión social’. Y si te ríes solo porque sí, es como un signo de ‘alegría desbordante crónica’. A veces tengo ese combo raro: ‘ansiedad de querer parecer cool’ y ‘alegría desbordante crónica’ al mismo tiempo.

Mariel:

—Wow... Sí estás dañado.

Lian:

—Sí, mucho.

Mariel:

—Nunca he entendido que tanto te han diagnosticado en ese cerebro, pero no me sorprende, yo siento que ya toda nuestra generación nació rota. Que lo mejor es entregarnos y abrazar a la puta locura y ya...

Lian:

—Totalmente...

Mariel:

—Ahora lo realmente raro es encontrar a alguien que este sano mentalmente.

Lian:

—Y sí. Yo, por ejemplo, a veces siento que tengo apego evitativo, como esos memes de “quiero amor, pero no te me acerques demasiado”. O sea, quiero que alguien me abrace, pero si me abrazan mucho me da ansiedad y luego me desaparezco.

Mariel:

—¿Conmigo también te pasa eso?

Lian:

—Obvio no... Contigo es diferente. Contigo todo es diferente.

Mariel:

—Maldito cursi... Yo nunca he ido a terapia. ¿Crees que debería ir? ¿Me recomiendas tu loquero?

Lian:

—¿El mío? Quizá... ¿Pero por qué lo dices?

Mariel:

—Pues odio mi carrera, creo que no soy buena en ella, pero es que en realidad siento que no soy buena en nada, pero también me gusta esta sensación de vivir sola y poder decidir si ceno cereal, Takis fuego o si me duermo sin probar nada. Pero para poder seguir viviendo aquí necesito aprobar las materias y en lugar de estar haciendo diagramas estoy aquí contigo.

Lian:

Quiero decirle que no se preocupe, que yo la voy a cuidar, pero ya sé me va a responder que soy un cursi, que me calme.

—Es que todo es adictivo... Yo por ejemplo sigo a unos *influencers* que, aunque los odie, no puedo dejar de verlos. Es como un vicio, igual que ver tus historias.

A ver, a ver... ¿Qué estás subiendo?

Mariel:

Historia: “Azotea de filosofía ando soy flag red día estudiar no”.

Mariel:

Seguro soy una maldita red flag y ni me doy cuenta.

—¿Oye, sabes cuál es la red flag que odio? La gente que dice “fluimos” o “no busco drama” y termina siendo la más intensa del mundo. O los que detestan a los gatos.

Lian:

Estoy seguro que Mariel es una red flag. ¡Y me dan más ganas de estar con ella!

—O los que dicen que el reguetón es solo para gente básica. O los que nunca han llorado escuchando una canción tonta. O los que dicen que todos pueden bailar, que lo importante es tener ritmo.

Mariel:

—¿Tú tienes red flags?

Lian:

—Soy una red flag enorme. Es como si mi cerebro fuera una app que se cierra sola cuando hay demasiada actividad. Como si el sexo, los besos, todo estuviera padre hasta que de pronto quiero volver a mi cuarto y no hablar con nadie.

Mariel:

—Sí, eres raro, pero no eres red flag.

Apoyo la cabeza en su hombro. La ciudad allá abajo, lejana. La música es sólo un murmullo. No hace falta resolver nada ni hacer ninguna tarea.

Silencio.

IV

Noche. Dos espacios, dos soledades que buscan compañía.

Lian:

Hoy amanecí con ganas de verla.

No sé si es costumbre, ansiedad o algo parecido a la esperanza.

Le escribo:

"¿Cine el sábado? Estrenan una de terror y dicen que da más risa que miedo."

Espero.

El vacío nunca suena tan fuerte como cuando ves los tres puntitos escribiendo y luego... desaparecen.

Silencio.

Reviso sus historias tres veces por hora. Soy adicto a ella. A saber qué hace y qué piensa.

Nada nuevo.

Al fin, ¡una respuesta!

"Este finde viene una amiga de mi pueblo, así que estaré ocupadísima. Sorry. Besitos."

Besitos y un *gif* de conejo bailando.

No sé si reírme o enfadarme.

Me repito que no pasa nada, que no soy su dueño.

Pero el estómago me da vueltas y la cabeza me juega bromas crueles.

La mente no me da tregua y pienso en todos los escenarios posibles, en los mensajes no respondidos, en lo que no puedo controlar, en lo rara que está ella últimamente.

Mariel:

No tengo ganas de explicaciones largas.

La verdad, ni siquiera era una amiga.

A veces creo que es mejor así.

No estar atada a una persona es lo mejor.

Además, no me gusta la idea de tener que justificarme todo el tiempo. Y tener una relación es tener que justificar todo lo que haces, dices o sientes.

Subo una historia: Pixel mordiendo un cable.

"Mi *roomie* dice que Pixel es más intenso que cualquier ex."

Lian:

Compro una bolsa de pan dulce pensando en ella.
Me repito: no seas intenso, calma.
Pero camino hasta su edificio porque sí, porque no puedo no hacerlo.
Me siento en la banqueta, la bolsa de pan dulce sigue caliente en mis manos.
Espero.
Como una mantecada de vainilla.
Veinte minutos, cuarenta, una hora.
Ya me comí la mitad de un cuernito y una oreja.
A veces la ansiedad se disfraza de paciencia.
O de hambre.
La ventana de su habitación está oscura. No hay nadie ahí.
No le escribo. No quiero parecer desesperado.
La noche me enfría, su pan también.
Sigo esperando.
Y entonces, un auto se estaciona frente al departamento de Mariel.
Es un auto que no conozco.
Mariel sale, baja ella primero.
Y luego él.
Van de la mano, riéndose, como si el mundo fuera todo de ellos.
No miran atrás.
No me ven.
Se ríen y besan en la entrada, mientras ella busca las llaves del edificio.
¡Lo sabía! Ojo de loco no se equivoca.

Mariel:

Enfoque: Silenciar notificaciones.

Lian:

Me quedo ahí, con la bolsa de pan dulce.
Reviso el celular. Borrar, borrar, borrar.

Las fotos, los mensajes, todos los pequeños recuerdos pixelados.
Pienso en la diferencia entre apego y obsesión.
Entre amor y cariño.
Nadie te enseña a perder.
¡Y menos a perder sin hacer drama!
—Yo sabía que ella no me quería ver, lo sabía. ¡Mentirosa!
Grito eso a unas cuadas de su casa. Voy corriendo llorando.
Subo una historia cuando llego a un semáforo:
Fondo negro, letras blancas.
“La empatía no es un lujo, es una obligación. No se puede ir por la vida dejando gente herida sólo porque no supimos nombrar lo que sentimos. Responsabilidad afectiva: no es tan complicado.”
Elijo una canción triste.
Y otra historia, sólo texto:
“A veces, cuando te quedas sin palabras, también te quedas sin ganas. La soledad pesa, pero más pesa la indiferencia.”
Y ahora una canción con sólo letra:
“Estoy llorando en mi habitación
Todo se nubla a mi alrededor
Ella se fue con un niño pijo
Tiene un Ford fiesta blanco
Y un jersey amarillo
Por el parque les veo pasar
Cuando se besan lo paso fatal
Voy a vengarme de ese marica
Voy a llenarle el cuello
Con polvos picapica
Sufre, mamón, devuélveme a mi chica...”
Y al final, escribo:
“No se preocupen, no voy a hacer nada raro. Sólo quería que alguien, preguntara si estoy bien.”

Mariel:

Enfoque: silenciar desactivado.

Lian:

Schopenhauer decía que la vida oscila entre el dolor y el aburrimiento, y hoy entiendo que lo peor no es el sufrimiento, sino la invisibilidad.

Somos seres que buscan sentido, y a veces, ese sentido se resume en un mensaje, en una mirada.

No basta con existir; hace falta que alguien advierta tu existencia.

Mariel:

Veo su historia.

No entiendo el drama.

No entiendo por qué la gente siempre quiere cerrar ciclos, hablar, explicar.

Yo sólo quiero pasarla bien.

Intento escribirle:

“¿Neta estás bien? Vi tu historia, ¿es por mí, verdad? No exageres.”

Mensaje no entregado.

Intento otra vez.

“Lian, si quieres hablar, aquí estoy.”

Me bloqueó.

Supongo que era lo mejor.

La vida sigue.

Pongo música, algo techno.

—Alexa sube el volumen. Más. Más fuerte. ¡Más!

¡Déjame sorda!

Lian:

Apago el celular. Me quedo solo, pero al menos es una soledad que entiendo, que conozco.

Pantallas se oscurecen.

V

Esperando el autobús.

Mariel:

—Yo te dije, claramente, prohibido enamorarse. ¿O no?

Lian:

...

Mariel:

—¿No me vas a hablar, nunca más? ¡Me bloqueaste! ¡Eres un inmaduro! ¡No mames!

Lian:

...

Mariel:

—Te dije que éramos amigos solamente... ¿Lian?

Lian:

—¡No-me-to-ques! Respétame.

Mariel:

—¿Qué tienes? ¿Por qué respiras así?

Lian:

—Tengo enfermedades, mentales. Mi psiquiatra me recomendó no hablar contigo, no me hagas más daño, por favor. ¡No me hagas daño! ¡Auxilio!

Mariel:

—¿Qué haces?

Lian:

—No, no puedo hablar... ¡Déjame!

Mariel:

—¿Qué te pasa? ¿Lian?

Las miradas de la gente.

De los que llegan, de los que se suben al transporte, los que se bajan en hora pico.

Varios me miran mal, como si supieran todo, como si conocieran nuestra historia solamente al ver su cara de angustia, al ver cómo me repele.

¡Ayúdalo, ayúdalo, niña!

¿Qué tiene?

No sé, digo, ¡no sé!

¡Pero ayúdalo!, me grita un tipo.

¿Pero cómo voy a ayudar a alguien que me acaba de decir que no lo toque?

Y se desvanece, sus ojos muy abiertos, su respiración agitada, manos engarrotadas, tiesas.

Se desmaya, pero no.

Casi.

Se caen las cosas que tenía en la sudadera en plena calle. También un libro de Kant.

Y un paquete de kleneex, gel antibacterial, la funda de sus gafas, el bote de pastillas.

Las guardo y lo tranquilizo.

Quiero abrazarlo y besarlo, decirle que todo estará bien.

¿Qué le pasa? Grita una señora que nos pone aún más nerviosos... Se me hace que no desayunó el joven, se responde a sí misma después de verlo de cerca.

¿Es tu novio, no, ayúdalo? Dice una chica de la escuela.

—¡No!, no es.

Y lo tratamos de levantar del suelo entre varios.

Todas las miradas. Todos los ojos en él. En nosotros.

Típico: un ataque de ansiedad para empezar el día, dice un puberto que va a subir al transporte.

Lian se resiste a sentarse. Lo miro, fijamente. Me esquivo.

—Vas a estar bien, tranquilo.

Y le quito el pelo de la cara, aunque más bien era un pretexto para acariciarlo.

Lian:

Mariel me observa como si quisiera hablarme con la mirada.

Cierro los ojos. No quiero verla.

Me gusta tanto.

No soporto su belleza.

Mariel:

—¿Lian?

Entre varias personas lo sentamos, seguía respirando raro, por la boca, pero ya menos.

Alguien le acerca una botella con agua.

Otro una manzana. ¿Por qué una manzana?

Él nos mira a todos y se pone las manos en la cara, se avergüenza.

Así lo dejo: encorvado como si su mochila pesara miles de kilos, sentado bajo la parada del autobús, dejando pasar la ruta para no venir conmigo.

Lian:

Cierro los ojos.

Ya no está. Pero esta emoción de verla y sentirla sigue aquí.

Mi corazón sigue al máximo, como si hubiera corrido un maratón.

¿Por qué sentimos lo que sentimos? ¿Por qué al amor nos afecta tanto?

La gente se ha ido y llega otra. A nadie le importan estas lágrimas.

Muerdo una manzana...

¿Y de dónde salió?

VI

Ella, sola.

Mariel:

Su respiración acelerada, el cuerpo rígido, los ojos abiertos.

Su latido rápido, como si se quisiera salir de su cuerpo.

Cierro los ojos y casi puedo escuchar sus latidos otra vez.

Y la gente preocupada o morbosa viéndolo, viéndonos.

Me persigue ese recuerdo.

Entonces abro su bote de pastillas.

Me olvidé de regresárselo en la mañana, cuando todo ocurrió.

Pero no hay pastillas. Son gomitas.

¡Dulces!

¿¡Qué!?

¿Y sí todo esto es mentira?

Veo sus historias y publicaciones más recientes: “Ahora me hiciste daño físico”, “Respeto por la neurodivergencia”, “Responsabilidad afectiva: no es tan complicado. Deja tu mensaje anónimo y cuéntame qué opinas del maltrato emocional.”

¿Qué le pasa?

¿Por qué se lo cuenta a todos?

Todo tan estéticamente dramático, tan calculado para conmover.

Busco en Google: “síntomas reales de ataque de ansiedad vs fingidos”.

Encuentro foros, blogs y artículos que lo describen perfectamente: episodios confusos, dramatización corporal exagerada, ausencia de historial médico claro.

También descubro estudios sobre desinformación en TikTok: más del 50 % de los videos bajo el hashtag #mentalhealthtips contienen información engañosa o equivocada.

Él decía: “Voy a terapia desde los siete años.” “Tengo múltiples diagnósticos.” “Tomo pastillas.”

Pero nunca nombra a su terapeuta, ni el nombre de sus medicamentos. Nunca decía a qué hora iba a terapia y estaba todo el tiempo pendiente del teléfono.

Recuerdo haberle preguntado: “¿A qué hora fue tu última sesión?”

No me respondió.

Y sus síntomas: “ataques de ansiedad”, “autismo”, “asperger”. Todo tan genérico, tan confuso.

Nadie confronta a los neurodivergentes, pero, ¿cómo sabes que son reales?

También hay gente mierda disfrazada de enferma.

Sé que sigue a tipos que hablan de “cultura de terapia” y repiten frases como “tengo ansiedad social” con filtros tristes y música melancólica.

Veo a uno de esos. Y dice lo mismo que Lian, palabra a palabra:

Siempre soy el raro, el que piensa mucho, el que habla poco y cuando lo hace es sin filtros, así que tal vez por eso nos llevamos tan bien. Dicen que si te distraes pensando en qué dirá la gente de ti, tienes ‘ansiedad de opinión social’. Y si te ríes solo porque sí, es como un signo de ‘alegría desbordante crónica’. A veces tengo ese combo raro en mi cabeza: ‘ansiedad de querer parecer cool’ y ‘alegría desbordante crónica’ al mismo tiempo.

Encuentro en un artículo: Estudios muestran que más del 83 % del contenido de salud mental en redes es engañoso y puede llevar a autodiagnósticos en adolescentes, algunos adolescentes utilizan chats de inteligencia artificial para autodiagnosticarse.

Abro la libreta. Entre dibujos de conejos, frases inconclusas y listas de canciones, leo algo que escribí en algún momento:

“Terapia, diagnósticos, ansiedad, TikTok, IA... o solo likes? ¿Qué parte de ti es real, Lian?”

Busco a sus amigos, *stlakeo* a todo el que tenga algo que ver con él.

Veo publicaciones donde Lian parece un tipo normal, como todos.

¿Dónde se nota que alguien tiene una neurodivergencia y cómo lo compruebas?

¿Y sino fue un ataque?

Y yo lo creí. Porque quería creer. Porque necesitaba creer.

No sólo él fingió. Yo fingí creer. Fingí sentir. Fingí entender.

—¿Qué parte de ti era real, Lian? ¿Quién miente más, el que finge o el que quiere creer?

El silencio se vuelve denso.

Me siento sola.

Pero también liberada.

Abrazo a Pixel y le doy un poco de lechuga.

Abrazo al conejo como si fuera un peluche.

VII

En los pasillos de la universidad.

Mariel:

Voy hasta su facultad.

¿Por qué huele tan raro?

No me importa perder mis clases, ni nada. Ya no me importa nada.

No sé si estoy enojada o triste o una mezcla de las dos. Aunque tenga que pasar toda la mañana en estos pasillos, donde además entra y sale gente rarísima.

¡Por fin!

—Ey, ey, ¿Lian?...

Lian:

—Déjame en paz.

Mariel:

—¡No! Estoy preocupada por ti.

Lian:

—No puedo, ni debo hablar contigo. Hasta nunca...

Mariel:

—¿Por qué? ¿Te lo dijo tu psiquiatra imaginario?

Lian:

—Respétame.

Mariel:

—¿Y tú a mí? Tus pastillas eran gomitas. Te investigué, pregunté. No tienes nada.

Lian:

—¡Cállate!

Mariel:

—¡Eres un maldito mentiroso! Todo lo que decías de tus enfermedades, palabra a palabra, está copiado de un tipo que sigues en TikTok. Te dije que si me recomendabas ir con tu terapeuta y te pusiste nervioso, repites lo mismo que te dice la IA. ¿Por qué jugaste conmigo?

Lian:

—No sabes lo que dices. ¡Déjame!

Se acerca Mariel y lo besa violentamente. Él se queda pasmado.

Mariel:

—¿Y por qué me bloqueaste como si fuera una notificación molesta?

Lian:

—No es así... No sabes lo que duele esto...

Mariel:

—También me dolió... Imagínate creer en alguien y resulta que se autodiagnosticó en TikTok... ¿Qué sigue? ¿Qué tu doctor llama Chat y se apellida GPT?

Lian:

—Solamente a veces uso etiquetas: ansiedad social, asperger, apego evitativo... Y ya. ¡Todo mundo lo hace! Olvídate...

Mariel:

—Y yo sintiéndome culpable. Nadie cuestiona a los neurodivergentes, hasta que te das cuenta que no tienen nada, solamente ganas de coger... No necesitabas hacer eso, me gustabas realmente...

Lian:

—Solo quise que alguien me viera... ¡Y ya! ¡Vete!

Mariel:

—No me voy a ir. Porque te creí... Y luego desperté con un bote de pastillas lleno de dulces y muchas, muchas dudas.

Lian:

—¿Y?

Mariel:

—¿Y? Me odié por abrirlo, por empezar a investigarte, por saber quién eres realmente... Un narcisista o un mentiroso compulsivo. Pero aquí estoy esperando tu versión de los hechos.

Lian:

—No hay versión.

Mariel:

—Derecho de réplica.

Lian:

—Solamente me odio por generar expectativas que no puedo sostener... ¡Y por no saber quién soy! Tú sí sabes quién eres, así es más fácil. Y ya.

Mariel:

—Siento que a veces decías lo que yo quería escuchar, Lian. Y eso no está bien.

Lian:

—Pues me amoldé a ti. A tus gustos, a lo que pensabas y ya. ¿De eso se trata el amor, no?

Mariel:

—No, no se trata de amoldarse a nadie, sino de ser sincero, de ser tú.

Lian:

—¿Y si no eres nadie? ¿Y si no sabes ni quién mierda eres?

Mariel:

Deja de decir que no eres nadie para que sienta lástima... ¡Ya no funciona eso!

Lian:

—¡Pues ya, a la verga! Deja de mirarme así. ¡Mejor fúname y ya! Dile a todos que soy un asco de persona y que no sé coger.

Y no sé qué expectativas tenías de esto, pero déjame-ir-a-clases.

Mariel:

—Ay, Lian. No voy a hacer eso, quizá sí debería funarte. Pero nos pasa a todos, el no saber quiénes somos... Lo grave es que te hayas inventado una neurodivergencia... O varias.

Lian:

—Ya... Perdón. ¿Me puedo ir?

Mariel:

—Perdonado... Maldito mentiroso guapo.

¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos?

Lian:

—Solamente quiero desaparecer...

Mariel:

—Como yo y como todos, pero no, tenemos que seguir aquí odiándonos, odiando al mundo y a la gente y haciendo como que la vida vale la pena. De eso se trata, ¿no?

Lian:

—Y de encontrar la canción para escuchar antes de morir...

Mariel:

—Tal vez solamente somos imágenes que se cruzan entre pantallas rotas y ya.

Lian:

—Sí, puede ser... Emociones que nacen y mueren en silencio, productor del azar.

Mariel:

—Oye, filósofo raro, quiero ser tu amiga de nuevo... Sin filtros, sin diagnósticos prestados, sin desaparecer. Te necesito en mi vida. ¿Se puede?

Lian:

—Tal vez, tal vez.

Desbloquear a usuario.

Mariel:

Por cierto, esto es tuyo.

Mariel le regresa sus cosas.

VIII

En la azotea del departamento de Mariel.

Lian:

—¡Traje pan dulce!, de los chinos... No es de canela, pero está rico...

Mariel:

—Gracias, gracias.

Empalagoso, impredecible, necesario, malo para la salud pero huele bien. Así es el pan. Así eres tú.

Subir historia: “Pan, la vida comer se trata de”.

Lian:

—Somos unos gordos, eh.

Mariel:

—El próximo semestre nos anotamos al gimnasio.

Bueno, tú primero deberías ir al psicólogo, al verdadero...

Lian:

—Que sí... Ya pedí cita en la escuela.

Mariel:

—Más te vale. A ver si de tanto jugarle al neurodivergente, resulta que sí tienes algo.

Lian:

—Yo creo que todos tenemos algún daño. Es normal. Somos juguetes rotos del capitalismo.

Mariel:

—¿Somos?

Lian:

—Tú también estás bien dañada, no te hagas la sana.

Oye, oye... Lo que sentí por ti sí fue real, de hecho, demasiado real... Y creo que me dio miedo. ¿El amor da miedo, no?

Mariel:

—Sí, ya sé. Yo también me equivoqué. Vi que te estabas enamorando y a veces no basta con decir que no; yo también estaba confundida y no supe manejarlo. Además no sé estar sola... Es complicado, mira, por un lado quiero una relación y enamorarme bonito y por el otro también quiero salir con gente, pasarlo bien y disfrutar de la vida, ¿me entiendes? ¿Por qué no podemos vivir todo de forma paralela?

Lian:

—Hay gente que vive, como tú, en esa paradoja. Yo los llamo los Marielistas. Los marielistas del séptimo día.

Mariel:

—¿Por qué del séptimo día, baboso?

Lian:

—Se me ocurrió... Marielistas: aquellas que saben lo que quieren, pero ambos sucesos no pueden suceder en el mismo tiempo y espacio.

Mariel:

—Me odio a veces, eh.

Lian:

—¿Y si esta vez hacemos algo diferente? Sin filtros, sin miedos, sin huir...

Mariel:

—¿Y cómo sería?

Lian:

—Empezar de cero, los dos... Y tener las conversaciones incómodas desde el principio.

Mariel:

—De acuerdo... Pero quiero que me cuentes todo: dudas, miedos, tus días buenos y tus días malos... Sin drama, solo verdad, sin filtros.

Lian:

—Quiero que me conozcas... Me importas... Aunque a veces duela estar contigo. Y para nada quiero parecer un incel...

Mariel:

—Bien, porque te pusiste muy intenso...

Lian:

—Ya sé Pero es que nunca había recibido tantos corazoncitos ni mensajes de ánimo.

Mariel:

—Eso es de primero de narcisismo, eh.

Lian:

—Fueron mis cinco minutos de fama, para huir de lo que realmente sentía.

Mariel:

—Entonces dejemos de huir...

Lian:

—Huir, porque es muy difícil estar con uno mismo.

Mariel:

—Que esto sea libre y real... Prométeme que si temes, me lo dirás... Y si dudas, también... Y si te da un ataque de ansiedad, que no sea en público, por favor.

Lian:

—Lo prometo, trato hecho... Pero... Soy buen actor, ¿verdad?

Mariel:

—El peor.

Lian:

—Nahhh, yo te vi muy asustada.

Mariel:

—Pues sí, estúpido. Claro que me asusté.

Lian:

—Perdón.

Mariel:

—Ahora sin huir, sin bloquear, sin fingir... Solo ser...

Lian:

—Ser.

Sí, sólo ser. Ojalá fuera más fácil...

Bueno, vamos a resetear... A ver: Hola, mucho gusto, soy Lian... Estudio filosofía, tengo 19.

Mariel:

—Hola, encantada de conocerte, creo que te he visto en la parada del bus. Soy Mariel y estudio arquitectura. Tengo un conejo llamado Pixel.

Se dan la mano.